

Apostolado Intelectual: un discernimiento necesario

Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo.
(Jn 5,17)

Pensar significa ir más allá de lo que aparece a primera vista para comprender la complejidad de los procesos en los que vivimos, encontrarle sentido a lo que se hace y abrirle espacio a la creatividad que inventa caminos alternos para una vida mejor.

Pensar es una actividad plenamente humana que compromete todo el ser en una forma compleja. A través del pensamiento se construyen las relaciones por las cuales los seres humanos producen y reproducen su propia existencia personal y colectiva. Pensar no se limita al uso adecuado de la racionalidad. El pensar humano compromete la sensibilidad, los sentimientos, la capacidad creativa y la necesidad de elegir entre alternativas posibles, haciendo uso responsable de su libertad.

Responder a la llamada de Jesús Resucitado de llevar la Alegre Noticia del Evangelio a todos los rincones del mundo y todos los pliegues de la historia¹, en otras palabras, ser discípulos del Señor, *apóstoles* comprometidos en transmitir la gracia recibida, requiere *pensar*, ir a fondo en ese trabajo intelectual que ayuda a la eficacia de la Palabra predicada.

I. De dónde partimos

La 35° Congregación General de la Compañía de Jesús, reunida en el primer trimestre de 2008, insistió en aquella intuición de los primeros jesuitas de sentir al mundo, habitado por una rica diversidad de personas y culturas, como su propia casa, como su lugar de vida y acción. Una asamblea como esa, compuesta por personas provenientes de todos los rincones del planeta, nacidos en culturas muy diversas, unidas por la fe y la vocación a formar parte de un cuerpo universal, cayó rápidamente en la cuenta de la complejidad de la situación que vive la humanidad y cómo no hemos encontrado todavía el lenguaje para describir la novedad que hemos empezado a vivir.

La experiencia de Dios Padre-Madre, creador del universo, trae consigo la conciencia de la corresponsabilidad humana en la tarea creadora². Al meditar

el Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, en el contexto de una humanidad que vive un cambio de época histórica en el que restablecer la armonía con la naturaleza creada aparece como un desafío de vida o muerte para las generaciones presentes y futuras, se plantea con mucha fuerza la importancia de discernir qué significa “desear y elegir lo que más conduce para el fin que somos criados” (*magis*).

Por eso, la CG 35ª insiste en recordar como el *pensar* constituye una dimensión de la identidad de la Compañía de Jesús. Un *pensar que se entiende como apostolado intelectual*, es decir, como una actividad que nace de lo más profundo de la misión encomendada a los discípulos de Jesucristo. Por experiencia conocemos la dificultad intrínseca de una tarea intelectual que pueda llevar a comprender, encontrarle sentido, al momento histórico que vivimos, desde la colaboración sincera con otros en la búsqueda de la verdad. Allí está la oportunidad y el desafío del apostolado intelectual de la Compañía de Jesús en el momento presente.

Reivindicar la dimensión intelectual de la misión es proponer un auténtico discernimiento apostólico que “elija” hacia donde se orientan prioritariamente los recursos apostólicos de la Compañía de Jesús. Es de todos conocida la tendencia a que los recursos disponibles, siempre escasos para la magnitud de la tarea, sean absorbidos por los ministerios directos, la acción pastoral o las responsabilidades administrativas, en desmedro tanto de la formación prolongada como de la dedicación a la vida intelectual. Dos factores acentúan esta tendencia: la disminución del número de sacerdotes, tanto en la Compañía de Jesús como en el conjunto de la Iglesia, y la creciente competencia en el mundo científico que exige una mayor dedicación para realizar una tarea intelectualmente significativa.

En su alocución a la 35ª Congregación General el Papa Benedicto XVI recuerda la necesidad de religiosos y sacerdotes “que dediquen su vida precisamente a permanecer en esas fronteras para testimoniar y ayudar a comprender que existe una armonía profunda entre fe y razón, entre espíritu evangélico, sed de justicia y laboriosidad por la paz. Sólo así será posible dar a conocer el verdadero rostro del Señor a tantos hombres para los que

permanece hoy oculto e irreconocible. A ello debe dedicarse, pues, preferentemente la Compañía de Jesús.”³

Entre las experiencias apostólicas exitosas de la historia de la Compañía de Jesús el Papa Benedicto XVI menciona la de Matteo Ricci en China⁴. La figura del Ricci puede, sin duda, inspirar la ingente tarea intelectual de quienes, en el siglo XXI, vivimos el surgimiento del postcatolicismo, convivimos en sociedades secularizadas o en las que el cristianismo es una religión minoritaria. En el momento actual del mundo, la Iglesia y la Compañía de Jesús, el apostolado intelectual es imposible sin una compleja “colaboración con otros”⁵.

La comprensión de la realidad en la búsqueda de la verdad y la transformación de las estructuras injustas se relaciona directamente con los esfuerzos por superar la pobreza que vincula la tarea propiamente intelectual con la incidencia política que hace posible convertir los hallazgos investigativos en políticas públicas y programas educativos:

“Esta Congregación urge a todos los jesuitas y a quienes comparten la misma misión, en particular a las Universidades y centros de investigación, a promover estudios y prácticas orientadas a enfrentar las causas de la pobreza y mejorar el medio ambiente. Debemos encontrar caminos en los cuales nuestra experiencia con los refugiados y los desplazados por una parte, y con las personas que trabajan en la protección del medio ambiente por otra, interactúen con aquellas instituciones, de forma tal que los resultados de la investigación y la incidencia política consigan beneficios prácticos para la sociedad y el medio ambiente. Esta incidencia política e investigación deberían estar al servicio de los pobres y quienes trabajan en la protección medio ambiental.”⁶

II. Qué nos mueve

Una mirada superficial a la Compañía de Jesús y sus obras podría ofrecer la imagen de muchos religiosos, sacerdotes, hombres y mujeres dedicados exclusivamente a actividades intelectuales de muy diverso género (filosofía, teología, historia, astrología, arte, literatura, lingüística, matemáticas, biología, economía, psicología, sociología, politología...). Muchos de pasan su vida entera en un observatorio astrológico, en un laboratorio de genética, en la indagación de documentos antiguos, buscando los hilos de la historia o de las

sociedades actuales. Sin embargo, desde la misma experiencia personal de Ignacio de Loyola y los primeros compañeros la perseguida competencia intelectual, la *eruditio*, estuvo estrechamente vinculada a la dedicación plena a la misión apostólica, *ayudar a las almas*, como resultado de una experiencia profunda de Dios, *pietas*. La tensión permanente entre *eruditio*, dedicación apostólica y *pietas* es característica de la espiritualidad de la Compañía de Jesús⁷.

La enseñanza, la investigación y, en general, el trabajo intelectual son entendidos en la Compañía de Jesús, desde sus inicios, de un modo que va más allá sus aspectos puramente prácticos como es tradicional en la Iglesia, generalmente relacionados con la preparación para la teología y el consiguiente ejercicio del sacerdocio o de alguna tarea pastoral. En la Compañía de Jesús el pensamiento, en todas sus dimensiones, es concebido como algo propiamente humano que, en sí mismo, requiere y justifica su cultivo sistemático. De allí que tantos jesuitas a lo largo de la historia hayan dedicado su vida entera a las humanidades y las ciencias, a la investigación y la enseñanza de disciplinas en el ámbito de todos los saberes.

Al mismo tiempo, es claro que la *eruditio* no es un fin en sí misma sino un medio para llegar a Dios y acompañar a otros en ese camino. La visión de Ignacio en la Storta, la contemplación de la Encarnación y la Contemplación para Alcanzar Amor en los Ejercicios Espirituales, sintetizan esa tensión característica de la espiritualidad ignaciana que busca encontrar la vida divina en todos los pliegues de de la realidad humana⁸. Para la Compañía de Jesús en el siglo XXI, el servicio de la fe y promoción de la Justicia, el diálogo con las culturas y las religiones es el modo de seguir a Cristo cargado con la cruz, de ponerse a su servicio para pregonar su mensaje de esperanza y reconciliación⁹. Por eso, la llamada al apostolado intelectual sólo es posible responderla si se está hondamente enamorado de Dios, movido por su gracia desde lo profundo del corazón.

El apostolado intelectual se relaciona directamente con la capacidad del ser humano de “buscar y hallar” el sentido de la propia vida a través de elegir entre caminos diversos. Así se entiende que la libertad humana no es un atributo

abstracto sino el ejercicio consciente de la capacidad de elegir las múltiples maneras como nos relacionamos con nosotros mismos, con las demás personas, con la naturaleza, con las cosas y con Dios. Más aún, el ser humano sólo puede vivir en relación con otros seres humanos. Al contrario de los animales, los seres humanos no están determinados por ningún ambiente natural, clima o paisaje, su acción puede ir más allá de lo biológicamente programado. Eso sí necesita el ambiente humano en el que a través de la convivencia obtengan el apoyo vital y el aprendizaje necesario para su desarrollo como persona.

Las relaciones sociales a través de las cuales se conforma la cosmovisión compartida que hace posible identificarse y comprenderse como personas y como pueblo es lo que conocemos como "cultura". La cultura es la expresión más humana del conjunto de relaciones que hacen posible nuestra existencia. Desde la cultura formulamos aquello que da sentido a nuestra vida personal y social. El apostolado intelectual se sitúa precisamente en este ámbito de la creación y transmisión de las culturas humanas. A través del apostolado intelectual participamos activamente en el ejercicio de la capacidad simbólica del ser humano mediante la cual las personas y las sociedades generan y transmiten conocimiento y orientan su acción hacia lo que desean y han elegido.

El apostolado intelectual requiere un enfoque epistemológico consciente de la ubicación cultural y social del pensador y de su relación con la situación pensada. Es un pensamiento que busca comprender para impulsar transformaciones de la realidad social, cultural y personal en la dirección del reinado de Dios, a saber, de la Justicia, de la Paz y del Amor.

La motivación profunda del apostolado intelectual es la conversión personal, consecuencia de la experiencia de Dios que lleva a elegir "en todo amar y servir", amoldándose al modo de ser de Cristo o, mejor aún, a una sintonía afectiva que permita centrar el corazón en los mismos sentimientos que tuvo Cristo, hacerse uno de tantos, ver y sentir al mundo desde los pobres y la gente que sufre participando en la reconciliación de los seres humanos, fruto del amor por el cual se entrega la vida¹⁰.

III. Lo que nos desafía

Una época histórica alternativa está llamada a acumular los pasos dados en la anterior y superar sus limitaciones. Hoy día es necesario atender situaciones globales como la contaminación atmosférica, los efectos climáticos del calentamiento, los riesgos de la desertificación y de la escasez de agua, las amenazas a la biodiversidad y la regulación de la explotación de las reservas biológicas terrestres y marinas, entre otras. Igualmente la defensa efectiva de los Derechos Humanos, la superación de la guerra como instrumento de imposición de intereses particulares o de resolución de conflictos; atender los millones de migrantes, desplazados y refugiados en todos los continentes; hacerle frente a los graves ilícitos internacionales como el tráfico de droga, el contrabando global de ideas robadas y mercancías adulteradas, el comercio de armas de todo calibre o de órganos humanos y de personas que alcanzan cifras espeluznantes haciendo más dolorosa para millones de personas la injusticia estructural¹¹.

El apostolado intelectual está hoy desafiado por la complejidad de un cambio de época histórica que significa, entre otras muchas cosas, la superación del paradigma científico-tecnológico dominante. Hoy somos conscientes del límite de una concepción ingenuamente optimista de la racionalidad humana. Por ejemplo, ya no podemos confiar en una supuesta creatividad ilimitada de la técnica para encontrar caminos alternos a la amenaza que representa la expansión del industrialismo para el ambiente en el que se desarrolla la vida en la tierra. El industrialismo fundado en el racionalismo, como modelo de pensamiento, ha perdido vigencia. En este momento de la historia humana sabemos que pensar el futuro sobre esas bases es imposible. He allí el desafío: “buscar y hallar”, con otros, nuevos modelos de pensamiento científico y tecnológico, éticamente anclados en el compromiso de garantizar la Vida.

En el campo de las Ciencias Sociales o Humanas el desafío no es menor. La agudización de la justicia estructural ha dado pie al surgimiento de una violencia multiforme, que afecta la calidad de las relaciones humanas, tanto en el campo como en la ciudad, llegando a condicionar la vida de grupos cada día más extensos. El reto se presenta en toda su complejidad: “buscar y hallar” una

nueva concepción de “lo común”, más allá de las fronteras nacionales, culturales y religiosas actuales, en la que se fundamente una ciudadanía planetaria que pueda servir de base a una nueva manera de gobernar el mundo global, consciente de la riqueza humana que representa la diversidad cultural y capaz de atender las diferencias locales.

Junto con establecer unas relaciones justas con el medio ambiente, desafío urgente y de enorme envergadura, se requiere una auténtica revolución de los modos de producción económica y distribución de la riqueza que permita superar el escándalo de la pobreza como la condición inhumana en la que malvive la mayoría de las personas en la época de los mayores avances científicos y tecnológicos. La promoción de la justicia se presenta al apostolado intelectual como terreno fecundo para posibilitar la Vida como derecho fundamental, sustento de la ecología humana, y proponer caminos efectivos hacia la vigencia plena de los Derechos Humanos como expresión básica de una vida común en la que es posible la participación democrática en los procesos de toma de decisión en cada uno de los niveles en los que se desarrolla la vida en sociedad.

IV. El discernimiento necesario

En la medida en la que la Compañía de Jesús realiza su misión fe-justicia-diálogo-cultura se encuentra constantemente en el tipo de situaciones que el Papa Benedicto XVI y la 35ª Congregación General han caracterizado como de frontera¹², con el desafío de convertirlas de barreras entre los seres humanos en lugar de encuentro y reconciliación, tendiendo puentes de esperanza¹³ en el camino hacia la paz.

La Compañía de Jesús, en fidelidad a su carisma, no puede prescindir de la dimensión intelectual en su misión apostólica; ella constituye la garantía de su consistencia histórica, de su vinculación con la obra de largo plazo que es la humanización, a través de la cual se realiza la redención del género humano. La espiritualidad “contemplativa en la acción” que mueve el apostolado de la Compañía de Jesús desata un proceso de conversión en las personas que les permite un constante crecimiento de su libertad interior desde la que se

adquiere una visión universal y un compromiso de largo plazo en la tarea evangelizadora, a contracorriente del inmediatismo prevaleciente en muchos ambientes contemporáneos que convierte en desechables los frutos del trabajo, incluso el académico y educativo, y hasta a los demás seres humanos.

Apostolado intelectual y apostolado educativo no se pueden identificar sin más, aunque se reconozca una indiscutible relación entre ellos. No siempre la actividad educativa garantiza la producción intelectual. La educación como todo otro ministerio jesuita está llamado a desarrollar su dimensión intelectual, pero además, el ámbito educativo, especialmente el universitario, tiene una vocación intelectual necesaria para poder cumplir con sus objetivos y finalidades. Por tanto, el apostolado educativo de la Compañía de Jesús no puede prescindir de colocar entre sus prioridades dedicar personas y recursos a la tarea intelectual en los más variados campos de las ciencias, la filosofía y la teología.

La 35ª Congregación General, a partir de la realidad multicultural de los miembros de la Compañía de Jesús, de su encarnación local en las más diversas regiones y situaciones, junto a su vocación universal y forma de gobierno mundial, insiste en la importancia de actuar efectivamente como cuerpo internacional. Para ello se impone la necesidad de revisar lo que hacemos y cómo la hacemos. Pide, entonces, la realización de una planificación apostólica que, en espíritu de discernimiento, permita la mejor orientación de sus recursos al cumplimiento de la misión apostólica recibida¹⁴. En este proceso de planificación apostólica discernida se debe llegar a decisiones que garanticen tanto la dimensión intelectual de todos los ministerios de la Compañía de Jesús como la selección, formación y condiciones para dedicar personas y recursos al apostolado intelectual entendido como servicio de la fe y promoción de la justicia, desde una sintonía afectiva y real con los pobres, su mundo y culturas.

Las posibilidades de revitalizar el apostolado intelectual como elemento característico del modo de proceder de la Compañía de Jesús a partir de un discernimiento apostólico llevado hasta sus últimas consecuencias dependen de la capacidad de enfrentar algunos nudos clave. Uno de ellos es la tensión entre el trabajo intelectual y la gestión de las obras apostólicas. La Compañía

de Jesús tiene a su cargo la gestión de miles de escuelas, cientos de universidades y decenas de centros de investigación en diversas áreas del conocimiento y la cultura, además de los miles de parroquias y templos, centros de comunicación social, espiritualidad y pastoral. La experiencia indica cómo la gestión puede ocupar el tiempo, las personas y los recursos en detrimento del trabajo intelectual.

Si el lugar social del apostolado intelectual de la Compañía de Jesús es el mundo de los pobres, saltan a la vista otros nudos a desatar. Como apóstoles, sacerdotes, religiosos o laicos, somos requeridos para el servicio pastoral que consume tiempo y energía, como parte esencial de nuestra vocación y misión. A menudo nos encontramos en condiciones en las que los servicios públicos son precarios y se dificultan hasta las tareas elementales como contar con electricidad constante, conexión a la red virtual, transporte, etc. El acceso a la información especializada es difícil y muy costoso para muchos de los académicos e instituciones en las que trabajamos. A esto se suma que en muchos de los sitios en los que se desarrolla la misión apostólica de la Compañía de Jesús existe una alta conflictividad social y política, incluso escenarios de guerra, que afectan la vida cotidiana.

El renovado impulso y fervor con el que nos invita a comprometernos en la misión de la Compañía de Jesús la 35ª Congregación General en este siglo XXI tiene en el apostolado intelectual una de sus mayores oportunidades. Aprovechar esa oportunidad exige una auténtica profundización de la vida en el espíritu en la que se pueda fundar un proceso de discernimiento apostólico que lleve a la conversión institucional necesaria para responder a los desafíos de nuestro tiempo desde el pensamiento al servicio de la fe y la promoción de la justicia.

Arturo Sosa, S.I.
Universidad Católica del Táchira (Venezuela)
6 de febrero de 2010

¹ Mt, 28, 18-20

² Gen 1, 26-31

³ Alocución en la Audiencia del 21 de febrero de 2008 n° 4

⁴ Ibid. N° 5

⁵ CG 35°, Decreto 6: La colaboración en el corazón de la misión

⁶ CG 35°, Decreto 3, *Desafíos para nuestra misión hoy*, n° 35

⁷ El decreto 2 de la CG 35°, *Un fuego que enciende otros fuegos*, resalta esa característica del carisma ignaciano. Véanse los números 8 a 10 y 11-15.

⁸ Autobiografía, n° 96; Ejercicios Espirituales, 101-109 y 230-237.

⁹ Entre sus muchos desafíos como ministerio de reconciliación, el apostolado intelectual está llamado a tender esos puentes entre fe y ciencia, entre las ciencias y la Iglesia, entre la creación y la civilización humana.

¹⁰ Filip. 2,5 Jn, 17

¹¹ Cfr. CG 35°, decreto 3, 8-11

¹² “No son los mares o las grandes distancias los obstáculos que desafían hoy a los que anuncian el Evangelio, sino las fronteras que, debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, acaban alzándose entre la fe y el saber humano, la fe y la ciencia moderna, la fe y el compromiso por la justicia.” Alocución del 21 de febrero de 2008, n° 3. Cfr. CG 35°, decreto 1, 15

¹³ CG 35°, decreto 3, 12-17

¹⁴ Decreto 3, 37-40; Decreto 5, 1.10.